

suceso comun ó de algun objeto natural visto por la madre casi inmediatamente despues del nacimiento del niño. Véase un hecho típico. Segun Anderson, «los niños de los Damaras reciben nombres tomados de los grandes acontecimientos que interesan al público.» Hodgson dice que la mayor parte de los Bodos y de los Dhimatos llevan nombres sin significacion, ó que todo acontecimiento puede sugerir un apellido significativo. El nombre que se da á un niño cafre casi en el acto de su nacimiento, dice Shooter, «se refiere de ordinario á una circunstancia unida á este acontecimiento ó llegada al mismo tiempo que él.» Park nos enseña de los Mandingos otro tanto. Schoolcraft nos dice que entre los Comanches «se da á los niños un nombre tomado de alguna circunstancia propia de su edad infantil.» Hearne dice que los nombres de los niños Chippeuens «se toman generalmente de un lugar, de una estacion ó de un animal.» Entre los mismos Beduinos, que pertenecen á un tipo superior, se produce el mismo hecho. «Se da, dice Burckhardt, un nombre al niño inmediatamente despues de su nacimiento. El nombre se toma de algun incidente comun ó de algun objeto que ha impresionado la imaginacion de la madre ó de las mujeres presentes al nacimiento. Así, si en tales momentos se encuentra por allí un perro, sería probable que se llamara al niño *Kelab* (de Kelb, perro).

Esta manera vaga de identificar, que es la primera que se produce en la historia del género humano y sobrevive largo tiempo como apelativo de nacimiento en la vida de cada individuo, es seguida poco á poco de una reapelidacion más específica. Un rasgo característico que se hace más notable con el desarrollo ó crecimiento del niño, un accidente extraño, un notable talento, suministran el segundo nombre. Entre los pueblos que dejamos citados, los Comanches, los Damaras, los Cafres, nos dan la prueba de ello. A propósito de los Cafres, Mann nos dice: «Así Umgodi es simplemente el niño nacido en un hoyo.» Hé aquí un nombre de nacimiento. Umginquisago es el cazador que mata la caza. Hé aquí el nombre de reputacion. Prescindimos de numerosos hechos que podríamos citar, para no mencionar sino aquellos que nos conciernen.

Southey, hablando de los nombres adicionales con que se adornan los Tupis despues de sus victorias, añade: «que escogian sus apellidos de entre ciertos objetos que veian, el orgullo y la ferocidad dictaban su determinacion.» Evidentemente por esta razon se toman los nombres de animales salvajes. A propósito de los Karens, Mason cita entre los nombres de animales «tigre, tigre amarillo, tigre feroz, gaur, cabra, antílope, pico de cuerno, garza real, pájaro-príncipe, y pez-mango; se vé que la preferencia por los nombres espan-

tos es notable. En la Nueva-Zelanda un indígena veloz en la carrera se llama Kauau (pájaro). Entre los nombres que dan á las mujeres los Dacotahs, Burton nos cita «la marta blanca, la jóven zorrilla, la pata de rata moscada. Esta manera de dar apelativos tomados de los animales es habitual por todas partes. Existe entre los Yosubanos, segun Lander; entre los Hotentotes, al decir de Thimberg, y todo el mundo sabe que reina en la América del Norte.

Como podemos deducirlo de lo que hemos dicho proviene del honor que uno se confiere á sí mismo ó que otros le acuerdan. Livingstone nos dice que cuando un jefe makololo llega á una poblacion, el pueblo le saluda con el título de «gran leon.» Los autores del libro titulado «Cuatro años entre los Achantis,» nos muestran á los criados del rey Koffi, exclamando: «Mira delante de tí, oh leon.» En el papiro de Harris, el rey Men-Meperra (Touthmés III), se llama «el leon furioso.» En las primitivas inscripciones de Siria leemos: «Como un toro, tú reinarás sobre los jefes;» comparacion que pasará rápidamente al estado de metáfora, como en otra parte veremos; así, en el tercer papiro de Sallier, se dice de Ramsés: «Se levanta terrible como un toro con dos cuernos afilados.» Más lejos, en otro pasaje, los vencidos le imploran en estos términos: «Horus toro vencedor.»

Recordemos que esta costumbre subsiste tambien entre nosotros, de manera que llamamos zorro á una persona astuta, oso á un hombre grosero, codrilo á un hipócrita, puerco al individuo mal aseado; nosotros, de un hombre que tiene la vista perspicaz, decimos que tiene ojo de águila, etc. Obsérvese además que entre las razas antiguas que toman nombres propios de un orden avanzado, los sobrenombres tomados de animales no dejaban de dominar; y busquemos cuáles han sido las consecuencias de esta costumbre en los tiempos primitivos.

No hay más que referirse á la extrema falta de precision del lenguaje primitivo, y quedará resuelto el problema. Los signos verbales son en un principio insuficientes hasta un punto tal, que es necesaria la mímica para suplir lo que les falta, de manera que no se sabria expresar la diferencia que separa á la realidad de la metáfora, y ménos aun conservarla en la tradicion. Los ejemplos procurados por Mr. Tylor nos lo muestran, las mismas razas superiores cometen el error de tomar la metáfora por la realidad. El pasaje del Coran en que leemos que Dios abrió y purificó el corazon de Mahoma, se transforma en una creencia segun la cual el corazon del profeta fué realmente extraido de su pecho, lavado y repuesto. Ha bastado decir de una tribu sin jefe, que care-



cia de cabeza, para propagar entre las naciones civilizadas la creencia de que hay razas de hombres sin ella. Desde luego, pues, no debemos sorprendernos de que un salvaje sin conocimientos, que no dispone sino de un idioma grosero, tenga la idea de que un antepasado llamado «el Tigre» fuese un verdadero tigre. Desde la infancia oye llamar con este nombre al padre de su padre. Nadie cree que pueda equivocarse, pues el error es una noción general que el salvaje adquiere escasamente. Por otra parte, faltan las palabras que podrían corregirle si sintiera el deseo de ello. No puede menos, pues, de creer en la creencia de que su padre descendía de un tigre y de considerarse á sí mismo como vástago de un tigre. Por todas partes hallamos los efectos de este error.

«Un rasgo característico de las tradiciones del Asia central, dice Mitchell, es que cada pueblo hace derivar su origen de algún animal.» Segun Brooke, los Dayaks del litoral se abstienen supersticiosamente de comer de ciertos animales porque les suponen emparentados con algunos de sus abuelos que han sido engendrados por estos animales ó que les han engendrado. Livingstone nos dice que entre las tribus bechuanas «la palabra batalla significa «los del mono,» la palabra Bakuena, «los del aligator;» Batlassi, «los del pez;» y cada tribu siente un temor supersticioso por el animal de quien lleva el nombre.» Falkner dice que los Patagones poseen «un gran número de dioses de este género, y creen que cada uno de ellos preside á una casta ó familia particular de indios, de la cual se supone ha sido el creador. Unos son de la casta del tigre, otros de la del leon, otros de la del guanaco y otros de la del avestruz.»

Dejemos los numerosos hechos de otros países y examinemos de más cerca los que nos vienen de América. Las tribus del Norte de Colombia, dice Ross, «pretenden descender del raton moscado.» Al decir de Mr. Powers, todos los habitantes aborígenes de California, sin excepcion, creen que sus primeros antepasados fueron creados directamente de la tierra del país que habitan, y muchos creen que sus antepasados eran coyotes (lobos de las praderas). Hé aquí hechos de la misma índole sacados de la preciosa obra de Mr. Bancroft. Entre los Zapotecas, dice, «los que quieren hacer alarde de su mérito se dicen hijos de leones ó de otras bestias feroces.» Los Haidahs «afirman con gravedad y sostienen con firmeza que descenden de los cuervos.» «Entre los Ahts de las islas Vancouver, la noción más comun relativa á su origen es tal vez la de que los hombres existieron primeramente bajo forma de aves, cuadrúpedos y peces.» Los Chippeues «atribuyen su origen á un perro. Hubo un tiempo en que estuvieron tan fuertemente imbuidos del respeto por sus abuelos de raza canina,

que dejaron por completo de atar los perros á sus trineos.» Los Koniagas «tienen su ave y su perro legendarios; el último ocupa en su mitología el sitio reservado por otras tribus al lobo ó cayote.»

Están estas creencias tan bien organizadas, que en ciertos casos se puede dar cuenta de sus transiciones. Los Indios de California, que se creen descender del lobo de las praderas, explican la pérdida de su cola. «La costumbre adquirida, dicen, de sentarse con el cuerpo recto, ha destruido completamente este miembro magnífico.» Ciertos californianos del Norte, que atribuyen en parte su origen á los osos grises, afirman que antiguamente estos animales andaban sobre sus patas posteriores como los hombres, que hablaban, que llevaban mazas, que se servían de sus extremidades anteriores como se sirven los hombres de sus brazos.» El relato de Franklin sobre los Indios *Dog-rib*, muestra esta idea de parentesco bajo un aspecto más raro.

«Estos pueblos, dice, toman su nombre de sus perros. Un jóven es el padre de cierto perro; pero cuando se ha casado y tenido un hijo, se llama así mismo padre del niño. Las mujeres acostumbran á reprender á sus perros con mucha suavidad cuando les sorprenden riñendo. ¿No os avergonzais de reñir con vuestro hermanito?»

Este último ejemplo nos pone en presencia de las diversas consecuencias que se desprenden de la idea de una genealogía nacida de animales y originada por errores cometidos bajo la influencia de los sobrenombres.

Los animales deben pensar y comprender como los hombres; en efecto, ¿no son descendientes de los mismos animales de donde la tribu ha salido, ó en la cual otras tribus tienen su origen? Por esto los Patagones que creen que en los primeros tiempos «los hombres y las bestias hablaban entre sí un mismo lenguaje, los hacían á todos hermanos.» De ahí viene también la práctica de los Kamtschadales que, segun Grieve, cuando quieren pescar, «suplican á las ballenas y los caballos marinos que no hagan zozobrar sus barcas, y en la caza ruegan á los osos y á los lobos que no les hagan daño.» También es esto lo que ha dado lugar á la costumbre de los Dacotahs, que piden su amistad á las serpientes, y de los cuales dice Schoolcraft: «Yo he oido á los Indios hablar con un caballo como con un hombre.» También es de ahí de donde proviene la idea manifestada por los criados negros de Livingstone. «Pregunté á mis hombres, nos dice este viajero, de qué reían las hienas, porque ellos atribuyen inteligencia á los animales; y me contestaron que reían porque nosotros no podíamos qui-



társelo todo al elefante, y que por lo tanto pueden comer lo mismo que nosotros.»

La segunda consecuencia es que los animales, una vez considerados como parientes de los hombres, son frecuentemente tratados con cierta consideración. Schoolcraft dice que los Chippewes, creyendo que ellos habrán de encontrarse en el otro mundo en presencia de los espíritus de los animales que inmolan, piden perdón de su muerte á un oso, le suplican olvide su crimen y echan la culpa de él á los Americanos. Harris cuenta que los Ostyaks, después de haber matado un oso, «le piden perdón,» y le dicen que son los Rusos quienes le han dado muerte. Mr. Culloch también nos enseña que entre los hombres «la captura de un elefante, de un tigre, de un oso, de un jabalí ó de toda otra bestia salvaje, va acompañada de un festín destinado á apaciguar sus manes.» Los Stiens de Cabodge, los naturales de Sumatra, los Dayaks, los Cafres, los Siameses y también los Árabes, tienen costumbres parecidas.

Naturalmente, como otra consecuencia, el animal particular que da nombre á la tribu, y al que se mira como un pariente, es tratado con atenciones particulares. Pues que se admite que el antepasado en su forma humana es capaz de hacer el bien y el mal á sus descendientes, se admite igualmente que el antepasado en forma animal lo es igualmente. Por esto, según el relato de Bancroft, «ningun indio que crea descender del espíritu-madre y del oso gris derribará un oso gris.» Por igual razón no destruían los Osages un castor; ellos creen ver en él un antepasado. «Nunca una tribu come del animal cuyo nombre lleva,» dice Livingstone hablando de los Bechuanas. Iguales ideas y principios bajo una forma ménos resuelta, se hallan en Australia. «Un miembro de la familia no matará nunca un animal de la especie á que pertenece su Kobong (homónimo animal) si le encuentra dormido, y siempre lo hace con repugnancia y nunca sin haberle ofrecido ocasión de escaparse.» Al lado de estas atenciones para con el animal homónimo considerado como un pariente, se coloca la creencia en la influencia protectora que extiende sobre la tribu, de la cual deriva la fé, tan extendida, en los presagios sacados de las aves y de los cuadrúpedos. Supónese que el antepasado cuida del bienestar de sus parientes y que les advierte por señales y sonidos el daño que les amenaza.

¿No vemos en estas observaciones el principio de un culto? Si los Africanos del Este, según Livingstone, creen que las almas de los jefes muertos pasan á los leones y convierten en sagrados estos animales, de ello podemos deducir que el mismo carácter sagrado se atribuye á los animales cuyas almas humanas son de los antepasados. Los indígenas del Congo que tienen acerca

de los leones igual creencia, creen que «el león respeta al hombre que encuentra si éste le saluda cortésmente;» esto se debe á que, según ellos, se concilia el favor de la bestia jefe que ha sido el autor de la tribu. Se puede preveer que las plegarias y las ofrendas serán el origen de un culto y que el homónimo animal se convertirá en dios.

Cuando entre los Indios de la América del Norte que todavía tienen la costumbre de darse nombres de animales, y que conservan leyendas tan especiales sobre los animales sus antepasados, vemos á éstos tomar la consideración de un creador y de un dios, cuando leemos en Bancroft que *cuervo* y *lobo* son los nombres de dos dioses mayores de los Klinkits «fundadores supuestos de la raza india,» hallamos en este hecho el resultado que habíamos previsto. En fin, cuando más adelante leemos que el «tronco cuervo se subdivide aun en sub-tribus llamadas la rana, el pato, el león marino, el buho y el salmon,» y que la «familia lobo comprende las sub-tribus de los osos, del águila, del delfín, del tiburón y del pinguino,» vemos que la divinización del antepasado de forma animal sigue el mismo camino que la del antepasado bajo forma humana. En uno y otro caso los antepasados más recientes de las sub-tribus toman un carácter sagrado que solo cede al de los antepasados antiguos de la tribu total.

Provistos de estos datos no vacilaremos en concluir de ellos que una buena parte del culto de los animales en boga entre las antiguas razas históricas proviene de este error en los sobrenombres. Entre los mismos pueblos civilizados en parte, vemos reaparecer la regeneración de este culto. En el apéndice al libro titulado *Cuatro años entre los Achantis*, leemos que los servidores del rey encargados de repetir sus alabanzas ó de «darle títulos,» le decían entre otras cosas «Bore (este es el nombre de una serpiente venenosa), tú eres bueno, pero tu mordedura da la muerte.» Como estos reyes de Africa reciben ordinariamente la apoteosis, como este título honorífico «Bore,» ha podido muy bien sobrevivir con los otros títulos y figuras en las plegarias propiciatorias, como los Zulús obedeciendo á otras causas creen que los muertos se convierten en serpientes y llaman jefes á ciertas serpientes venenosas, debemos admitir que este sobrenombre dado por adulación á un rey que se ha convertido en dios, ha podido dar lugar al culto de una serpiente, pero de una serpiente que tenía una historia humana. Lo mismo concluimos respecto del nombre de animal con el cual es honrado el rey en Madagascar. «Las expresiones: *Dios ha salido del lado de Oeste, Badama es un toro poderoso*, vuélvense á hallar en los cantos de las mujeres malgaches en honor de su rey que se ha ausentado ó se en-